

GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA DE MÉXICO.

HISTORIA DE LA MEDICINA.

LA CIRUGIA DE ANTAÑO.



UANDO emprendemos una caminata fijamos de preferencia la mirada en el punto adonde debemos llegar. Más adelante nos ocurre alguna vez volver la vista y medir la distancia que hemos recorrido y ya cerca del punto que debemos alcanzar no nos queda más que considerar el camino que hemos hecho.

Para los jóvenes es el porvenir; los viejos no más viven en el pasado, pues no tienen que esperar nada de los tiempos venideros y se mecen en su experiencia. Una gran discusión acerca de la antisepsia, iniciada el año pasado en el seno de esta Academia y que quedó sin terminar, como algunas otras cosas se han quedado, me induce á dar una mirada retrospectiva á la cirugía como se practicaba hace 40 años, cuando yo comencé á pisar el anfiteatro quirúrgico, para que se palpen más las diferencias radicales entre antaño y ogaño y para que se vean los progresos que hemos realizado.

Tomaremos por paradigma un caso de amputación de algún miembro mayor. Yo alcancé el tiempo cuando el uso del cloroformo era todavía una novedad.

Lavábase y rasurábase el miembro, cloroformábase al enfermo, hacía-se la compresión de la arteria principal por un torniquete ó por los dedos de un ayudante y procedíase á la operación. Después de aplicadas las ligaduras que eran de hilo y hecha la hemostasis cuidadosa, hacía-se á la herida una irrigación con agua helada y cerrábase con suturas de hilo torcido fijando con bandoletas de tela emplástica los hilos de las ligaduras. Luego

aplicábanse bandoletas de tela adhesiva para asegurar la reunión de los labios de la herida operatoria, volvíase el enfermo á su cama y se cubría la herida con defensivos de agua de hielo, que se cambiaban cada vez que se entibiaban, mientras el enfermo sentía consuelo con el contacto del frío. A medida que el enfermo estaba más contento cuando se entibiaban los defensivos, se cambiaban éstos por fomentos de agua caliente y hasta por cataplasmas de harina de linaza, que se suponía favorecieran la vegetatividad de las carnes. Las suturas eran removidas cuando se había conseguido la reunión ó cuando se iniciaba la supuración y se comprendía que la reunión por primera intención no había de lograrse.

La herida una vez supurando curábase dos veces al día, lavándola con agua tibia y aplicando hilas con una solución de potasa cáustica al 1 por 100 y las granulaciones exuberantes eran destruidas y las tardías estimuladas, con toques con nitrato de plata.

Pero veamos ahora los pormenores de este método. Ningún cirujano pensaba entonces en lavar sus manos con mayor escrupulosidad antes de emprender una operación. Las hilas las partían los mismos enfermos, haciéndose uso de las sobras de la ropa de la misma casa. Las que en su tiempo fueron sábanas y camisas, después de más ó menos mal lavadas bajaron á trapos para limpiar, para defensivos y fomentos y cuando ya no servían para esto y otra vez lavados acabaron por ser hilas. Con cuántos gérmenes no estarían impregnados estos trapos y estas hilas, que deben haber sido verdaderas culturas de microbios de todas clases. Y con todo esto, debido á una ventilación algo regular, á buena alimentación y otras circunstancias favorables pero poco definibles, no he visto la gangrena nosocomial tomar una forma epidémica.

Y con todo esto sanaban los operados, había heridas que curaron por primera intención, si bien es cierto que estos fueron casos raros como los cuervos blancos. Bajo todas estas condiciones he visto—es verdad que fueron excepciones—sanar lesiones como las que voy á referir.

Un muchacho carpintero enojóse con su compañero y le tiró una hacha, que penetró en la articulación de la rodilla y cuya punta, al caer la hacha por su propio peso al suelo, se rompió y quedó enclavada en el cóndilo interno del fémur. En este estado llegó el herido al hospital; extrájose el fierro, aplicáronse suturas y defensivos helados y todo sanó sin supuración ni otro accidente.

Otro: Un hombre en el hospital, cansado de la vida, en una de las largas noches de invierno, tan pronto como todo había entrado en calma, apo-

deróse de una navaja de barba y dióse una cortada transversal en la región epigástrica y otra circular en la raíz del pene. Durante toda la noche aguantó sin quejarse y no fué sino al amanecer cuando se advirtió la sangre que había pasado el colchón, que se descubrió lo que había sucedido. Por la herida del vientre hacía prolapso el lóbulo izquierdo del hígado que toda la noche había estado en contacto con la ropa de la cama. A la hora de la visita se lavó y se repuso el hígado, aplicáronse suturas y defensivos de hielo. No hubo peritonitis; la herida del vientre sanó sin accidente. El enfermo murió más tarde de infiltración urinaria, debida á la lesión de la uretra.

Y me sería fácil citar otros casos no menos notables. Pero el colmo de todo fué, que tratándose de alguna operación rara y delicada el operador la hacía y demostraba en el cadáver y luego, después de haber lavado las manos con agua y jabón, procedía á ejecutarla en el vivo.

Por demás es decir que á las ocho de la mañana íbamos al necrocósmo á presenciar las autopsias y á las 9 nos encontrábamos en la Clínica de cirugía.

¿El que hiciera esto ahora no sería considerado culpable de homicidio calificado, reo de ignorancia y ligereza criminal y acreedor á que se le retirara la licencia de curar?

¡Dicen que Minerva saltó armada de todo punto de la frente de Júpiter! Puede que fuera así; pero entre los hombres no hay invención grande que no se hubiera anunciado antes de alguna manera. De la invención de la olla de Papin á la máquina de vapor no había más que un paso—pero era preciso dar este paso.

Hace más de cincuenta años, un jefe de clínica en la Maternidad de Viena, Semelweis, enunció la idea que la fiebre puerperal era debida á una infección directa y que podía y debía combatirse con el aseo y con sustancias aptas para contener la descomposición orgánica y destruir las sustancias infecciosas. Piénsese lo que quería decir esto para un establecimiento donde cada año se verifican 9,000 partos y donde había alguna vez epidemias de fiebre puerperal que se llevaron á las paridas por centenares.

Como todo inventor é innovador fué ridiculizado, perseguido, vilipendiado. Más tarde, nombrado catedrático de partos en Budapesth, puso en práctica su sistema, empleando el cloruro de cal y el de zinc como desinfectantes—ó como lo requiere la moda del día—como antiséptico. Sus resultados fueron muy satisfactorios. De nada sirvió que publicara sus estadísticas. En Viena, contentos de haberse librado de este espíritu

inquieto, como se decía, de este mentecato maniaco, nadie se ocupó de él ni de sus estadísticas; se le dejó como á un desterrado perdido; no hablando de su descubrimiento creyóse haber dado en tierra con él; fué preciso que pasara medio siglo, que viniera Lister, el Mesías de la Antisepsia y que muriera Semelweis, para que el mundo médico le hiciera justicia y el reconocimiento denegado al vivo se le tributa al muerto; se le erigió una estatua.

Otra vez, hace cosa de 35 años, un joven médico de Viena, Eiselt, tuvo la idea que los accidentes desfavorables que modifican las heridas quirúrgicas, dimanaban de una infección debida á gérmenes suspensos en el aire. Estableció en la sala de una clínica un aparato primitivo compuesto de un frasco de Wulff, provisto de taponos de algodón. Por este aparato hízose pasar el aire de la sala por medio de la succión. El resultado fué que con los medios de investigación de que se disponía en aquella época no pudo encontrar nada. Los sabios fariseos de entonces, que eran exactamente como los de nuestros días, se sonrieron y le perdonaban el haber querido hacer alguna cosa nueva, como á un excéntrico se le perdona su manía.

DR. SEMELEDER.

CLINICA EXTERNA.

Fibroma situado en la parte profunda de las regiones carotídea y supra-clavicular derechas.
Extirpación.—Curación.



A Señora M., de 71 años de edad, ateromatosa y de constitución sumamente débil, comenzó á notar hace poco más de año y medio, y sin que hubiera causa manifiesta, que se le formaba un pequeño tumor en la parte antero-lateral y media del cuello, en el lado derecho; este tumor fué creciendo muy lentamente sin causar grandes molestias, pero alarmada la señora por su presencia, me llamó algunos meses después de su aparición, para consultarme sobre su gravedad y si sería posible resolverlo.

El tumor tendría en esa época el tamaño y forma de una ciruela gran-